

EL RESPLANDOR DEL SILENCIO

La mayoría de las personas que realiza verdaderas hazañas en la vida cotidiana, lo hace en silencio, sin dar mayor relieve a lo que desempeñan como si fuera una responsabilidad natural. Casi siempre, ese grupo de personas está constituido por mujeres quienes cumplen con sus labores como hechos insignificantes y casi sin valor alguno.

Podría citar gran cantidad de ejemplos, sin embargo, me voy a referir solo a uno porque representa la capacidad y la creatividad de incontables mujeres quienes, gustosas, toman la vida como un altar de muchos sacrificios.

Me refiero a Cristina Ulloa Collado. Ella nació el 6 de enero de 1919, hija de Hernán Ulloa Loría y de Cristina Collado Quirós.

Obtuvo su bachillerato en el Colegio de Señoritas y luego se graduó en tene-duría de libros. Se casó, en 1939, con Jorge Van der Laet, farmacéutico de origen belga. De esa unión nacieron 14 hijos, siete mujeres y siete hombres. Cuando quedó viuda, en 1964, afrontó, con el apoyo de sus hijos mayores, aún estu-diantes universitarios, el mantenimiento y la educación de su prolífica familia e instaló en su casa de habitación máquinas de coser: ese instrumento mecánico que ha sido compañero inseparable de las mujeres quienes confeccionan la ropa de sus hijos, de algunos parientes cercanos y atienden encargos de intermedia-rios comerciales.

**Carmen
Naranjo**
Escritora

Ya sin su compañero, le dio la oportunidad de empleo a un grupo de mujeres a las que enseñó el oficio y empezó una pequeña empresa la cual le permitió mantener a su numerosa familia. Resulta, así, que doña Cristina es una de las primeras damas que comenzó esa labor de autogestión, de la que tanto se alaba y se recomienda en la actualidad y que se ofrece como una forma para salir adelante en situaciones de estrechez económica.

Logró que sus catorce hijos llegaran a estudiar y muchos de ellos alcanzaron carreras universitarias con excelentes resultados y connotados éxitos.

Ese fruto no motivó el abandono de sus múltiples esfuerzos por ayudar a otras mujeres a desempeñar un oficio digno y esforzado. Nunca mencionó los sacrificios y los esfuerzos que había hecho, desde que quedó viuda, por mante-ner y encaminar hacia el bienestar social a su descendencia y a sus operarias.

Ese silencio, que acompaña el cumplimiento cabal de los esfuerzos extraordinarios, solo se rompió con oraciones calladas en que daba gracias a Dios por la oportunidad que le había concedido de convertir el infortunio en empeños llenos de dulzura y de valentía, frente a los golpes que siempre aparecen en la vida y se pueden transformar en siembras de valor y de beneficio para cada uno y para todos.

Una vida como la de doña Cristina no puede quedar en silencio, a pesar de su propia tendencia a conformarse con los hechos y de que ellos hablaran calladamente, casi escondidos de los atributos y de los elogios que merece el haberlos realizado.

El silencio es ejemplo de humildad, pero el resplandor de lo que se logra merece el redoble de campanas que no repican solo para acompañar a los muertos y para avisar de los peligros. Acostumbrados ante tanto cacareo en procura de premios y de reconocimientos y la propaganda bulliciosa de méritos por simples promesas, resulta ejemplificante el silencio de doña Cristina. El lograr siempre será lo más meritorio del hacer sin pedir nada a cambio, el dar sin esperar recompensa: la dignidad que se viste sin aspavientos.

Creo que a doña Cristina le van a disgustar mis palabras, pero no puedo callar la admiración que guardo ante la ingente fecundidad de su labor: fue una de las primeras mujeres en salir de lo individual a lo colectivo, al demostrar que, en las peores situaciones, una labor innovadora da resultados que no permiten la depresión ni la autocompasión.

Frente a la siembra silenciosa, los resultados no se pueden quedar en la simple indiferencia. Por eso, ante el cultivo de árboles y de jardines, se debe alabar la semilla y el cuidado de la siembra. No es vano ni oficioso homenajear a quien lo merece, aun cuando el aludido no lo busque ni lo desee. Hay cosas que deben mencionarse para que todos aprendamos a estimar el valor que tienen. La consigna era mi deber y lo cumplí de manera satisfactoria, no vale en este caso, porque lo logrado puede significar un camino para los que buscan senderos, una forma de actuar para los que se paran en medio del camino, una ruta sin fin para los que sueñan y alcanzan los sueños.

Siento vergüenza de figurar en la Galería de Mujeres destacadas en la vida nacional, sin tener al lado a esta extraordinaria mujer. Ella no se conformó en resolver con éxito los problemas familiares sino, además, brindaba consejería personal y sostén para mujeres con serios problemas emocionales, económicos y de adaptación ante la dureza de la vida. Llevaba comunión a los enfermos al tiempo que les daba fortaleza y conformación solidaria.

Personalmente, siento que el silencio tiene un resplandor que solo ven quienes se olvidan del egoísmo, de la hipocresía y se dedican a ver más allá de la luz momentánea. Doña Cristina tuvo esa inmensa capacidad de alcanzar el resplandor del silencio.